

tímido pensar. Todo ello constituye a ese partido, acaudillado por la gran figura política de don Alejandro Lerroux, en un partido de zona templada. En un partido apto para el gobierno, tanto en días serenos como en días en que se amenacen y entrechoquen pasiones y opiniones demasiado irreconciliables.

¿Estarán llamados a devorarse entre sí socialistas y radicales? Uno y otro partido gobernarán de seguro el día de mañana. Se disputarán el Poder con mayor o menor saña. Pero alguna vez acaso tendrán que coligarse entre sí y con los radical-socialistas—tercer factor importante en la política del momento—: cuando sientan la zarpa del mismo adversario a la izquierda—los comunistas—y el mismo adversario a la derecha—los monárquicos clericales.

Sí. Más de una vez en lo futuro tendrán probablemente que estrechase las manos los grandes partidos que hoy dominan en la Cámara y en el Gobierno, después de haber obtenido juntos la victoria contra la Monarquía.

Y lo harán en defensa común de la República, del socialismo y del porvenir, hasta que otros partidos sean capaces de gobernar a España. —R. B L A N C O-F O M B O N A.

Madrid 1931.

VIDA DE PABLO GAUGUIN

ES una vida exótica, revuelta y algo misteriosa. Durante años ha permanecido en estado de leyenda, maldecida, o incensada pero el estudio de su obra la ha ido despejando poco a poco de oscuridades. Una y otra aclaran y completan la amarga aventura que vivió el pintor.

En Gauguin se encuentran dos pueblos divergentes: su padre es francés y su madre, peruana. Y esta fusión de sangre determina un ser que es a la vez aristocrático y primitivo, lúcido y sensual. ¡Sorprendente aleación de cualidades que se trasluce en cada una de sus telas!

Nace en París en 1848; pero parte de su infancia la pasa en Lima. El la recordará siempre con sus iglesias penumbrosas, sus patios muertos de pereza y sus calles «en donde los gallinazos venían a devorar las inmundicias».

De niño no se distingue por un talento exagerado. «A veces— cuenta él mismo en un cuaderno de memorias—se me veía inmóvil, extático, silencioso bajo unos nogales que ornaban el

jardín. ¿Qué haces allí, Pablito? «Estoy esperando que caigan los nogales». Otra vez ve una estampa que representa un peregrino atravesando un bosque con un hatillo a la espalda. Entonces llena un pañuelo con arena, se lo echa a la espalda y escapa en busca del bosque que le hace falta. Rasgos parecidos deben haber motivado el juicio de un profesor: «Este niño será cretino o genio». Para aquel cauteloso profesor ambas cosas eran perfectamente confundibles.

Su madre regresa luego a Francia, imantada por un viejo pleito de herencia. No logra éxito. Y madre e hijo van cayendo en la miseria. Acosado por la necesidad, Gauguin abandona sus estudios en el Seminario y sienta plaza de pilotín. Tiene entonces diez y siete años. En esta forma viaja por los mares, nutriendo su espíritu de colores, ensueños y pecados.

Dura seis años esta odisea de adolescente. En 1873 se ocupa en una casa bancaria de París, en donde ahoga con cifras el quemante recuerdo de sus vagancias por el océano. Rápidamente alcanza pericia en el tejemaneje de las operaciones bancarias. Especula por su cuenta con asombroso buen sentido. En un solo año gana cuarenta mil francos. Con el tintineo de su fortuna tiene comodidades y le sobran amigos. Además se casa con una danesa sonrosada. Pero no todo es de color de rosa en esta danesa. Es también burguesa y mandona. Reduce a su marido al cepo de la urbanidad. Da fiestas con invitados solemnes y glotones que Gauguin debe presidir, bien enfundado en su frac.

Pocos años aguanta esta vida el antiguo pilotín. Y no pudiendo liberarse de su mujer, busca consuelo en el arte. Nunca antes había sentido veleidades; sólo cuando pequeñito había tallado cuchillos de palo. Gauguin empieza a acarrear pinceles y colores; y, metido en su cuarto, se pasa horas enteras embadurnando telas con apasionado entusiasmo. Su esposa es la primera en sorprenderse: «Cuando nos casamos—escribe con irritación—ignoraba en absoluto que tuviera estas disposiciones». Luego se desespera cuando ve llegar a su marido, de quien ella había hecho un modelo de urbanidad, en compañía de extraños personajes con raídos gabanes, largas melenas y que apestan la casa con el humo de sus pipas.

Gauguin empieza con obras maestras. Habiendo mostrado al exigente Manet uno de sus primeros cuadros, éste exclama, transido de admiración: ¡Oh, está muy bien!»! La suerte está echada. Gauguin descuida su empleo, luego lo abandona. La miseria y las recriminaciones convierten su hogar en un infierno. El hambre los empuja a la patria de su mujer. En Copenhague fracasa en todos sus empleos; además le choca el clima gélido y

la mojigatería de los daneses. Acorralado por su mujer y parentela, acepta la separación definitiva y retorna solo a su París, hogar misericordioso de todos los bohemios. «Tu familia—le escribe a su esposa—puede estar feliz con su triunfo» y añade con dolorosa lucidez de lo que le aguarda: «Mi deber es el arte, es el porvenir de mis hijos, el honor del nombre que les he dado; por eso voy a trabajar en un arte que no da dinero».

Hay heroicidad en estas palabras. Él podía haber ganado sueldos espléndidos, pero sometido a una obligación y, por lo tanto, trabado para pintar a su regalado gusto. Cuando dejó su puesto en el banco había exclamado con júbilo: «¡Ahora puedo pintar todos los días». Para no morir de necesidad, acepta el puesto de pegador de carteles con 3.50 francos al día. «Sé lo que es tener hambre y todo lo que sigue—confiesa con mordacidad—; pero luego uno se acostumbra y hasta, si tiene voluntad, acaba por reír.

Gauguin es entonces una especie de atleta mohino, de cara huesuda. Cabellos de color azafrán caen sobre la frente saliente. Sus ojos de color verde gris, redondos y saltones, parecen espiar oblicuamente. Es voluntariosa la nariz. Y la boca se contrae en un gesto amargo.

Dotado de imaginación e inteligencia, abandona pronto el impresionismo con el cual se había iniciado. Advierte con acuidad que los impresionistas son limitados. Descubrieron la luz y allí se quedaron, embriagados, sin ver en la naturaleza más que un haz de rayos cromáticos; son idólatras del sol. Laboriosamente Gauguin se busca a sí mismo. Un viaje a Bretaña le ayuda a desembarazarse de lo artificioso. Vaga por sus landas y bosques misteriosos. La contemplación de sus piedras milenarias, esculpidas por los armoricanos, lo encamina hacia la naturaleza en estado puro. Vuelta o París arrastra su hambre por buhardillas y bulevares. Desde el fondo de su adolescencia marina suben oleadas de recuerdos rutilantes y, entre el humo de los cafés, sueña con tierras calientes de sol. Un día que unos amigos hablaban de los trópicos, ricos en maravillas, Gauguin los sorprende con esta súbita decisión: Me voy a Panamá.

Semanas después desembarca en la zona del Canal. Se trabaja febrilmente allí; la Francia arroja su oro y revienta hombres atenaceada por la titánica quimera de abrir el canal. Entre estos hombres se enrolla Gauguin. Remueve la tierra durante doce horas al día, agobiado por el sol, mordido por las lluvias, devorado por los mosquitos. Por entonces sobreviene el gran derrumbe de la ilusión francesa; las máquinas se paran; los obre-

ros son licenciados. Entre estos está Gauguin. Era tiempo: un poco más y también le toca el turno fúnebre

Pasa a Martinica. Ante la fiesta de colores fastuosos de la isla, empieza a fermentar la personalidad definitiva de Gauguin. La naturaleza es allí un problema nuevo para el artista; resolverlo fué su tarea. Alquila una casucha cerca de un volcán y, desde que clarea, pinta afanoso. Sus modelos son los mestizos y los negros, únicos que armonizan con los tonos abrasadores del trópico. Allí donde los impresionistas deshacen la materia en temblores de luz, Gauguin la endurece, pero no tanto como para que no se sienta circular la vitalidad. Gauguin actúa como un dios seleccionador; pero la naturaleza hiere hasta a los mismos dioses, y enfermo de disentería, es repatriado.

Movido a lástima por su estado, lo recoge un antiguo compañero del banco. Es Shuffenecker, pintor también y que ama a Gauguin como un perro a su amo. Pero Gauguin es autoritario; a poco de estar allí se adueña del taller de su amigo, luego de toda la casa y, finalmente, de su mujer. Shuffenecker suplica, los amigos interceden y Gauguin—magnánimo—parte a Pont-Aven, pueblecito bretón

Se hospeda allí en una fonda que enriquece de frescos, algunos de los cuales llevan títulos poco románticos; uno se llama: «¡Buenos Días, señor Gauguin»; otro ostenta este rótulo soberbio: «Me gustan las cebollas frutas en aceite». Su estancia en este lugarejo fué fecunda. La manera de Gauguin termina de limpiarse de lo accesorio y ya, sin titubeos, se orienta hacia el sintetismo. Es el año 1888.

Invitado por el pintor Van Gogh, se dirige a Arlés. Conocía desde Montmartré al gran holandés y le había agradado su detonante ingenuidad. En la campiña arlesiana, pintan, comen y riñen juntos. Van Gogh es una especie de niño incoherente. Sus cajas de pintura son un revoltijo; cita a cada paso a Daudet y la Biblia; cree que el amarillo es el único color que le encanta a Dios; alterna días de bullicio con otros de mutismo; se desespera teniendo que reconocer que Gauguin tiene talento a pesar de su frente pequeña. Gauguin—maestro viejo—le enseña útiles secretos del oficio y el holandés queda agradecidísimo. Un día Gauguin siente unas pisadas sospechosas a su espalda; se vuelve y ve a Van Gogh que va a acometerlo con una navaja. Lo paraliza con una mirada voluntariosa. El terrible camarada huye; se encierra en su cuarto y se corta una oreja. Luego va a una casa de prostitución y regala a su elegida la oreja bien lavada y guardada en un sobre. Herido ya por la locura, se mata días después con un tiro en el estómago.

Gauguin esconde su quebranto moral en Pouldu; esta es una aldehuela batida por el mar bretón; poco a poco se reúne allí, en torno al maestro una tribu de artistas jóvenes que, alegres y bizarros, discuten teorías. Gauguin se talla unos suecos suntuosos y, entre tanto, esboza su doctrina del sintetismo. «Hay que encerrar—dice—todas las formas en el menor número de formas que seamos capaces de pensar. Pero cuidado con equivocarlo con la simplificación que esquematiza y reduce la expresión de la vida. El sintetismo trasmuta la vida en símbolos; luego la acrecienta; es creación».

Esto recuerda las exactísimas palabras con que lo retrató Strindberg: «Tiene algo del titán que, celoso del Creador, crea para sí otro mundo pequeño».

Por los bulevares de París discurre en 1891 un hombre estrafalario. Viste un abrigo verdoso y un chaleco bordado y salpicado de pegotes multicolores; su lujo son unos suecos tallados de arabescos áureos, azules, rojos. Es Gauguin. Vuelve de Bretaña más dueño de su arte que nunca; pero más triste también; no cabe en la civilización; se siente en ella como prisionero y desvaría con tierras vírgenes, primitivas y deslumbrantes. Tahití le parece ese paraíso y decide alcanzarlo. Pero ¿cómo? Es pobre de solemnidad; come y vive de dádivas. Sus amigos le aconsejan hacer una exposición de sus telas. Mirbeau la apadrina. Se venden treinta cuadros que producen 9,860 francos.

¡Son 9,860 francos para su sueño! ¡Ya no más lucha dolorosa; no más hambre sino regalada consagración a su arte. Así se lo hacer ver un amigo mientras vagan juntos días antes de la partida. Gauguin calla. Empuja a su amigo a un café y, acodado en la sombra, habla roncamente de sus hijos distantes que no pudo hacer felices, de su arte castigado con la soledad. Toda su vida pretérita pasa por sus palabras. Y Gauguin llora.

Tahití lo fascina. Esa isla de montañas azules, con corales, perfumes, plantas monstruosas y mujeres doradas era lo que soñaba con avidez. Se establece en Mataica; adopta el nombre de Ko Ke y anota sus andanzas y fantasías en un cuaderno que titula Noa-Noa (aroma).

Las noches estrelladas de Polinesia son una maravilla; pero está solo. El aire arrastra pasión salvaje; pero no para él. Una mañana encuentra a una maorí de trece años; es una fruta de pulpa dorada;—¿no me tienes miedo?—Aita (no). ¿Quieres vivir en mi choza para siempre?—Eha (sí). Fué todo.

Poco a poco llega Gauguin a ser un salvaje excelente. Como los isleños, nada con destreza, saca su alimento de los bosques y del mar y hasta los aventaja a veces en habilidades para la

pesca. No es un europeo más sino un indígena neto que tiene, eso sí, el privilegio de sujetar hombres en sus telas. Los maorís carecen de vocablo para designar este raro poder y cuando aluden a Ko Ke dicen con circunspección: «el hombre que hace hombres».

Perezosamente vienen y se van los días tahitianos. Ko Ke es feliz. Pero la instalación de su morada, los regalos a su esposa-niña y los convites, dan cuenta de sus francos en un par de años. Además empieza a escupir sangre. Estas contrariedades lo obligan a embarcarse un día de 1893, camino Francia. Desde el puente del barco, ve con unos anteojos, a su esposa que, inmóvil en la playa, lo mira alejarse.

Entra a Francia con cuatro francos en el bolsillo. Es la miseria que lo ronda como una vieja amante. Pero la oportuna muerte de un tío lo enriquece de nuevo. ¿Qué hará Gauguin con trece mil francos? Se amuebla un fabuloso taller y se costea una querida javanesa. El mismo se cubre de pulseras de plata y luce con majeza una levita azul claro, un chaleco azul intenso y unos pantalones amarillos que afebran a los parisienses. Da festines a los que asisten la javanesa y los «blancos» como llama, con eutrapelia, a los europeos. Invita a pintores, músicos, literatos, poetas, de los más conocidos; a todos, menos a los críticos porque le dan malestar.

Pronto esta vida espectacular aviva su misantropía. Se refugia en Bretaña; y allí lo asaltan unos marineros borrachos que le quiebran un pie. Cuando sale—cojeando—del hospital comprende que su javanesa lo ha saqueado y huído. Días después adquiere una brava sífilis. Gauguin no aguanta más los inconvenientes de la vida entre civilizados y se embarca con destino a su isla perfumada.

Desde entonces hay escasas noticias de él. Escribe cartas mordaces y desesperadas reclamando dineros que le adeudan en Francia. Cae en la más tenaz de las pobrezas. «No tengo ni un pedazo de pan»—escribe en 1897. Entonces toma la resolución de matarse, pero antes se consagra con fervor día y noche, a pintar una gran composición que tiene en la cabeza. Es una tela de belleza extraña titulada: «¿De donde venimos?» ¿Qué somos? ¿A donde vamos?» Cuando la juzga acabada, se va a la espesura de la montaña para que su cadáver sea devorado por las hormigas y toma arsénico; mas la dosis es excesiva y le sobrevienen unos vómicos incoercibles, que son el precio de su salvación.

La venta de unos cuadros le permite respirar un tiempo; pero casi en seguida le llueven nuevos infortunios. Su salud empeora de tal modo que inspira lástima. Derrengado y solitario, mira

abrirse las heridas que adquiriera en la civilizada Europa. Su carácter se torna ácido. Interviene en las mezquindades de la política colonial y funda una hoja cáustica para latiguarla. Se aburre y emigra a la isla Atuana en donde se construye una pequeña fortaleza. Aquí halla que la soledad es deliciosa; pero advierte con clarividente melancolía: «Ya no soy el Gauguin de antes.» En efecto, sus energías de antaño lo abandonan definitivamente. Ahora los recuerdos empiezan a ser la vida de su espíritu. Piensa en su mujer de Dinamarca, en sus hijos que nunca lo han reconocido y exclama: ¡«A un padre que estuviera en presidio no se le trataría con tanta crueldad!»

En la madrugada del 8 de Mayo de 1903, sufre un síncope tremendo. Su sirviente Tioka corre en busca de un vecino que hace de curandero. El vecino lo encuentra todo quejumbroso y abatido. Gauguin le pregunta si están en la mañana o en la tarde; luego habla de Salambó. A medio día el curandero lo va a ver de nuevo. Esta vez, Gauguin—con las piernas colgando fuera de la cama—está muerto, mientras Tioka lo acaricia gritando desesperadamente: «¡Ahora ya no hay más hombre! ¡ahora ya no hay más hombre!»—S E R G I O A T R I A .

LA PSICOLOGIA DE LOS TRAJES

Si se me permitiera escoger un libro entre cientos de los que se publiquen después de mis días, ¿sabéis cuál preferiría yo? Amigo mío, yo tomaría una revista de modas, por ver cómo se vestían las mujeres un siglo después de mi muerte. Sus fruslerías me darían más acerca de la sociedad de aquel remoto futuro, que todos sus filósofos, novelistas, predicadores y sabios.—*Anatole France.*

SERAN los sombreritos Emperatriz Eugenia y el renacimiento del busto anuncios de una nueva era de prosperidad? La Moda, se nos ha dicho, y multitud de escritores en otros tantos magazines están predicándolo mes a mes, es una diosa misteriosa, cuyos decretos nos corresponde obedecer sin explicarnos sus razones, pues se supone que sus miras y fundamentos quedan fuera del alcance del entendimiento humano. No sa-